

REINA MARÍA RODRÍGUEZ
El piano

bokeh 

© Reina María Rodríguez, 2016

© Fotografía de cubierta: W Pérez Cino, 2016

© Bokeh, 2016

Leiden, NEDERLAND
www.bokehpres.com

ISBN 978-94-91515-53-8

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

La marca

La pared sigue marcada
(aunque él no esté allí, sigue estando).
Apoyado sobre el fondo lo veo,
al paso de las almas
de uno a otro lugar
un intervalo frágil.
Un hiato.

La ventana encima con su reborde blanco
por donde el gato Dédalus
orinaba.
A veces, los aguaceros también lo mojaban
y él –silencioso– guardaba la humedad
entre manchas que rechinaban
por el frío de sus cuerdas
que resistieron a tanto desengaño.

Mi antiguo novio lo tocaba
(para no tocarme a mí)
y los vecinos escuchaban notas desafinadas
a través de un ventanal
que la vecina cerraba de un portazo.
Hubo celebraciones y cantos.
Hubo dolor también ¡cuánto dolor!
entre bemoles y sostenidos
–acordes que son a veces adversarios
pero, que por momentos,
nos amparaban con aniversarios.

Ponía triste a toda la familia
y la familia tuvo
fantasmas que pujaban por huir
por la boca del piano donde
se acumulaba tanta pasión
desatendida
muertos sin fama
con la que sofocar aquel fuego
de la inocencia
que salía a bocanadas
entre notas que sonaban
infelicidad
espanto.

Ahora, sobre el bullicio vulgar hay silencio
y en la pared queda una marca
(le-ví-si-ma)
esa nostalgia que deja una desaparición
repentina
como la locura
–imperceptible siempre para los demás–
donde estuvo con su lealtad
un ser llamado Piano
apaciguándonos.

Un lugar que por poco encontrábamos...

En el viejo Motorota portátil ponía discos
de 45 revoluciones y placas negras
de 78 (RPM) con Pedrito Rico.
¿Te acuerdas de Lucho Gatica cantando, «La barca»? o
¿»En la distancia»?
Mi madre me lo regaló por mi sexto cumpleaños,
en Mariano.

Parecía una cajita de cuerdas plástica
(era grande y ahora, en el presente,
¡tan pequeñito!)
el viejo tocadiscos rojo donde oía a los Zafiros
imitar bien a los Platers
y bailaba con botas de yeso
inconformes
ante la línea del tren que me avergonzaba
con un sonido vacío
porque ¡nunca pasaron vagones cargados con algo!

Sigo de luto cincuenta años después
mirando por la persiana
semicerrada
mi saya negra y el corpiño blanco
(que me ponía para ocultar la inconformidad)
pretendiendo todavía un compás
que nos sostuviera
—cuando se habían roto todos los compases

y la armonía
entre aquella polémica del piano
contra el tocadiscos—,
al poner el dedo sobre una tecla
imprecisa
o la aguja imantada sobre el disco
con delicadeza
(como si en aquella presión nos fuera toda la vida)
—porque no nos quisieron lo suficiente
o no los quisimos en reciprocidad—
y los discos escaparon
por la oscuridad que tiene el vinilo
buscando qué habría dentro
del espacio rayado:
«¿El mundo, esa bobería?» —decía mi hermano
a punto de reventar sobre la calle Paseo.
¡Y no había nada!
Más que un deseo incumplido de música
y de felicidad.

II.

Así nos daban siempre «gato por liebre»:
el sonido de un tren confundido con música.
Arrastrando en la línea del fondo
su crash como un sacrificio;
Rita Pavone esperando un martillo
para golpear nos en la cabeza.
Gigliola Cinquetti ¡hecha añicos!
porque nunca tuvo la edad necesaria
para tener edad
y aquella apariencia
que necesitábamos ver en las carátulas
deseñadas
a esa distancia de la muerte
que sólo un arpegio puede medir
al saltar sobre el vacío
impunemente.

Su voz, Bim Bom

[...] salieron los payasos Bim Bom,
y están haciendo música con peines, martillitos,
armónicas, y un piano infantil do-re-mi-fa
y sol-fa-mi-re-do.

Osip Mandelstam

Su voz —como la de ese piano
donde los payasos
juegan
a comprometernos con la brisa
al practicar su rutina
—que es vulgar y efímera—,
pero siempre infantil
hace vital el día
por debajo
de la puerta entrejunta,
de mi renuncia
por las carencias
donde dejo un paraguas
y la inseguridad.
¿Qué importa que haya tanta distancia en una escala
si el acorde logrará por momentos su turbulencia?

El niño me dice con su voz que es capaz
de esperarme y retroceder
mientras tamborilea en la madera dedos prietos;
uñas que arrancaron del mal, la opacidad.

Sólo los payasos saben ¡cuánto cuesta una fiesta!
Sentir cuando no hay más que un maquillaje pobre
y lentejuelas que caen a buchitos dorando la espalda,
contra la maldad de unos vecinos,
que averiguan y averiguan
por impotencia.

¿Cuánto cuesta la astucia de resucitar
de la infelicidad?

He vuelto a ti, la niña en el borde
transparente de la mesa
con su bata blanca
esperando la oportunidad
—comprometida con la vida que es salobre
como esas notas,
envueltas en la ansiedad de una canción
suficiente para estar en la llamada
de «un piano infantil do-re-mi-fa...»
que no se identifica y me conmueve.
Como conmueve una añoranza que no es vivir,
pero lo parece.

Suena la armónica y tu voz se escucha
simpática por momentos,
por momentos, feroz.

El golpe, la explicación

Me puso la cabeza entre las manos
para que le curara una herida
que no sangró
y no pude tocarla.
Le di la vieja pomada casi vacía
en un tubo aplastado por otros dolores.
Me alejé con cualquier pretexto
menos perturbador.

El día de ayer pasó y ahora tendré
tiempo de sobra para esperar
oyendo canciones de James Blunt
entre un poema y otro.
Cosiéndolos.
Remendándolos con música.
Lo mismo que la indiferencia afuera
es este arrebato por dentro:
contradicción del tiempo corto para mí,
enorme para él como pradera
que intento sembrar con explicaciones.

Alguien me arrebató además de la cordura
el suero ámbar de sus ojos
que provoca
besar su cabeza
detenerme en los brazos del sillón,
agarrarme como pueda
y no ceder.

II. EPÍLOGO

Vuelto a la historia de Kinoé y el Príncipe,
en la «Corrupción de un ángel»:
él nunca la hubiera invitado a aquella fiesta
pero, por si acaso,
ella le diría que estaba muy enferma.
Y que no podría ir.